

lantrópico objeto de interponer toda su influencia para que Madrid recobrara la paz.

Su proverbial honradez, sus gloriosos antecedentes, y mas que todo la vista de sus respetables canas en el peligro, escitaron el entusiasmo del pueblo, que le aclamó por caudillo de la revolución; pero el anciano general dirigió todo su conato á la salvacion del trono de Isabel II, y fué la primera rémora de la revolucion triunfante.

Instalóse la Junta, como hemos consignado, bajo la presidencia del Excmo. Sr. don Evaristo San Miguel, y apagándose el espíritu revolucionario, obró el espíritu de autoridad.

¿Qué importaba esto?

¿No habia una Junta de salvacion?

De salvacion... ¡lastimosa verdad!

¡LOS OPRESORES DEL PUEBLO SE SALVARON!!!



CAPITULO XLIII.

LAS ESPAÑOLAS.

Varios fueron los hospitales de sangre, que aunque improvisados en aquellos terribles momentos de lucha, hallábanse no solo bien provistos de lo necesario para la curacion de los heridos, sino que reinaba en su asistencia un orden admirable, bajo la direccion de excelentes facultativos, que impelidos por el noble deseo de ser útiles á la humanidad doliente, le tributaban con desinteresado celo todos los recursos del arte.

Además de estos dignos profesores, prestaban tambien importantísimos servicios á los desgraciados cuyo estado lastimero le reclamaba, esas criaturas que son siempre el consuelo y la delicia del hombre.

¡Llor eterno á las hermosas madrileñas!
Los que admirais sus gracias en las sociedades de buen tono; sus talentos en las reuniones científicas, su elegancia en los paseos, la

esbeltez y flexibilidad de su breve cintura en los bailes, la natural donosura de las hijas del pueblo, su amor al trabajo, su resignación en las privaciones, los chistes con que saben animar sus amorosas pláticas, el gracejo de su encantadora sonrisa, la travesura de sus irresistibles miradas, sus altas virtudes en el hogar doméstico, no estrañareis que en lo único tal vez en que los mas célebres escritores extranjeros han hecho justicia á nuestro pais, ha sido en confesar que los atractivos de nuestras españolas superan de un modo inmenso á los que atesoran las beldades de las demás naciones.

Mas no juzgueis que estas sílfides seductoras son espíritus aéreos que se evaporan como el perfume de sus tocadores; las bellas españolas tienen otra ventaja sobre las hermosas de otros paises.

Apenas hay en España un solo acontecimiento glorioso, en que no haya tenido una parte activa el bello sexo.

Tambien los extranjeros saben esta verdad.

¿Podrán olvidar los franceses el alto denuedo con que la heroína de Zaragoza doña María de la Consolacion Azlor, baronesa de Valdeolivas, condesa viuda de Bureta, rechazó las aguerridas huestes del vencedor de Austerlitz?

Hé aquí los actos mas gloriosos de esta heroína, tales como los hemos dejado tambien consignados en *El Panteon Universal*:

«Cuando dado en Madrid el grito de independencia, el 2 de mayo de 1808, se levantó España toda como un solo hombre, para sacudir el yugo con que trató de sujetarla el coloso del siglo Napoleon Bonaparte; la antigua Salduba, la inmortal Zaragoza, se preparó, á pesar de sus débiles muros, á dar el ejemplo á los pueblos libres de que no hay muro mas fuerte para defenderse de los tiranos, que la decidida voluntad de los leales y valientes ciudadanos; y

poniendo á su frente el inmortal general español don José Palafox y Melfi, elevado por sus compatriotas desde subalterno á tan alta dignidad, desafió á las águilas francesas, siempre vencedoras hasta entonces, como si la Providencia las hubiera engrandecido de exceso, para que fueran mas humilladas ante el patriotismo aragonés.

La condesa de Bureta, cuyo carácter amable y bondadoso la hizo muy popular, se indignó al ver la perfidia con que el arrogante coloso trataba de encadenarnos al carro de su fortuna, y juró en las aras de la patria, poner en juego todo cuanto pudiese para ayudar á vencer á sus paisanos ó morir en la demanda.

Contra el grande ejército francés que se dirigió á Zaragoza, solo 220 soldados mandaba el general Palafox, á cuya disposición puso la Bureta cuantos bienes poseia, segun dicho consignado del mismo señor, pero el ejemplo de la condesa y el de otros no menos generosos, entusiasmó de tal modo el patriotismo de los aragoneses, que Zaragoza toda se levantó en masa, proporcionando brazos y dinero suficiente para la defensa.

El general Lefebre se acercó á Zaragoza el 15 de junio; y reunidos con la condesa los gefes del pueblo, Tio Jorge, el presbítero Sas, el labrador Cerezo, el carpintero Hena, el fabricante Salame-ro, y el comerciante San Clemente y Romeu, juraron morir ó vencer, y al grito de viva la Virgen del Pilar, se arrojaron, seguidos del pueblo, sobre los enemigos, y pocos franceses de los que osaron acercarse á la capital de Aragon pudieron salvar la vida.

Entusiasmando con su ejemplo á las masas la condesa, hombres, mujeres y niños corrieron á la defensa, llevando á rastra los cañones á los puntos que les designaba el corregidor don Lorenzo Calvo de Rozas, que mandaba por ausencia de Palafox que habia salido á batir al campo á los franceses, los que tuvieron que desistir

aquel día de su empeño después de dejar en las puertas del Carmen y del Portillo mas de 500 muertos.

Al paso que los aragoneses cortaban aquella noche las calles y ponian parapetos, la condesa reunió á su alrededor porcion de mujeres de todas clases, y estableció una especie de cuerpo de amazonas, entre las que se immortalizaron en los sitios con la Bureta, Agustina Aragon, Casta Alvarez, y María Agustin.

La multitud de bombas que arrojaron el 17 los franceses sobre Zaragoza, vigorizó mas el empeño de la defensa, y la Bureta que corria todos los puestos alentando á los zaragozanos, tuvo la satisfaccion de ver á Agustina Aragon, sirviendo sola la batería de la puerta del Portillo después de muertos todos sus defensores, y de que al reparar la mortandad que les causaba se retirasen de ella los invasores, contra los que la Bureta mandaba sus valientes aragoneses, que entusiasmados por el hecho de la espresada heroica artillería, hicieron prodigios de valor, y tanto que el general Verdier suspendió el ataque.

Renovóse este con dobles fuerzas y empeño la noche del 17 de junio, y al primer cañonazo se presentó la Bureta en casa del general Palafox, que se hallaba ya en la ciudad, armada y seguida de sus criados del propio modo, pidiéndole punto que defender.

No es posible pintar en este corto artículo lo heroico de la defensa de Zaragoza en esta terrible noche y en el día que la sucedió, en el que los franceses hicieron cuanto puede hacerse para vencer; baste solo decir, que Zaragoza se igualó en el valor de sus hijos, á Sagunto y á Numancia, si bien su denuedo les deparó por esta vez el vencimiento.

Multitud de casas cayeron ya voladas por los defensores para obstruir el paso á los invasores, ya al peso de la lluvia de bombas

que estos arrojaban, y millares de cadáveres de unos y de otros, mezclados con los escombros, hacian intransitables las calles oscurecidas por el humo de los edificios en que se prendia fuego, y por el polvo que levantaban los beligerantes y las ruinas que se iban sucediendo, y unido esto á la gritería del combate, á los ayes de los moribundos, y al continuado estampido del cañon, ruido de la fusilería y tañido lúgubre de las campanas, tambores y clarines de guerra, se podrá pintar á la imaginacion un débil bosquejo del magnifico cuadro que ofreció la invicta Zaragoza en aquel terrible ataque.

Desde el principio de él se vió á la condesa con la canana ceñida á su delicada cintura y con el fusil en la mano, cubriendo su bella cabellera con un ligero sombrerillo que aumentaba sus gracias, y de este modo recorria las trincheras y los puntos mas peligrosos, seguida de sus amazonas y criados armados, á fin de alentar y entusiasmar á sus compatriotas á quienes parecia el ángel de la guerra, destructor de los enemigos.

El siguiente día fué en el que Zaragoza sobrepujó á todos los pueblos en heroismo, pues empeñándose los franceses en apoderarse á toda costa de la ciudad, lograron á fuerza de pérdidas penetrar en sus primeras calles, pero los zaragozanos todos se arrojaron á una muerte cierta por defender su libertad, y volando las casas sobre sus enemigos, y con los esfuerzos sobrenaturales que presta el verdadero patriotismo, lograron vencer, haciendo retroceder humillados á los vencedores, en mil batallas, de muchos pueblos.

Al ver la condesa en este día que adelantaban los franceses hacia su casa, corrió á ella, y llegando á tiempo de que se indicaba su morada para ser tomada por su buena posicion, hizo arrastrar á brazo ante su puerta dos cañones, y formando instantáneamente dos

baterías, aguardó impávida al enemigo, que retrocedió al verse cortado con tal heroísmo por una mujer.

Reforzada Zaragoza con las tropas españolas que mandaba el marqués de Lazan, los franceses levantaron el sitio y tuvieron lugar los premios y alegrías de los heróicos zaragozanos, siendo la condesa, María Agustín y Casta Alvarez victoreadas con entusiasmo por el pueblo y por las tropas.

Deseosos los franceses de lavar la afrenta que habían sufrido en Zaragoza por un puñado de hombres, enviaron contra ella un formidable ejército mandado por sus bravos generales Moncey, Mortier y Lannes, que atacaron la ciudad el 21 de diciembre con notable desesperación, pero sus esfuerzos por los términos ordinarios se estrellaron en el heroísmo aragonés.

La Bureta que se había ya casado con don Pedro María Ric, barón de Valdeolivas, regente de la audiencia y después presidente de la Junta de gobierno de Zaragoza, se dedicó en este segundo sitio al socorro de los heridos y de los necesitados, convirtiendo su casa en un hospital de sangre y en un hospicio para los menesterosos y los niños, pero sin dejar de alentar á los combatientes; y cuando ya reducida á escombros la ciudad, exánimes sus defensores por el cansancio, por el poco número, por la multitud de cadáveres que infestaban las calles, por el hambre y por la peste, y mas que todo por la enfermedad que atacó al inmortal Palafox, se acordó la capitulación, por la que entraron los franceses en 21 de febrero de 1809; la condesa despreció públicamente á los generales enemigos, que admirados de su valor, solicitaron su amistad, y salió de Zaragoza con su esposo y familia para Cádiz, desde donde volvió luego que fueron lanzados los franceses de la Península por el valor de sus denodados hijos.

Su entrada en Zaragoza fué un verdadero triunfo, y hasta Fernando VII, de vuelta de su cautiverio en Valencey, se hizo un deber en visitar á la heroína á su paso por la ciudad en 1814.

Dedicada la Bureta á la educacion de sus hijos, vivió amada de sus compatriotas hasta 23 de diciembre del mismo año de 1814, en que falleció á los 39 años de edad, dejando un nombre inmortal que venerar á Aragon, mientras se tenga por algo entre sus hijos el valor y la virtud: sus cenizas están depositadas en la parroquia de San Felipe.»

La causa de la monarquía ha tenido tambien en España valientes defensoras, que han llevado su intrepidez hasta el heroísmo.

Citaremos un solo rasgo de una ilustre madrileña á quien señala la historia como la mas insigne de su época.

Doña María de Lago, esposa de don Francisco de Vargas, regidor y alcaide del régio alcázar es la heroína á que hacemos referencia.

Erase el tiempo del levantamiento de Castilla, contra los desmanes de los consejeros de Carlos I.

Madrid, ciudad abierta, no podía ofrecer gran resistencia á los comuneros de Padilla, Bravo y Maldonado, que se apoderaron de la villa, pero el alcázar estaba por el rey.

Sin embargo, los comuneros tenían grande empeño en tomarle y los víveres empezaban á escasear.

Francisco de Vargas, que en mucho estimaba su honor, y quería á toda costa salvar el puesto que se había confiado á su defensa, había marchado á Alcalá en busca de refuerzos.

Los de Castilla, sin embargo, al saber que Vargas volvía con alguna gente, le salieron al encuentro, y le derrotaron de suerte, que tuvo que regresar á Alcalá mas que de prisa.

Volvieron entonces sus armas contra el alcázar de Madrid, resueltos á apoderarse de él á toda costa, mucho mas, sabiendo que dentro habia muy pocos soldados que pudieran hacerles frente.

Empero, se hallaba entre los sitiados la impertérrita doña María, que animando á los defensores con sus palabras, y disparando ella misma los arcabuces contra los sitiadores, causaba grandes bajas en sus filas.

Por tres mortales dias sostuvo un horroroso fuego, arrojándoles, además, desde las murallas, gran cantidad de piedras y otros proyectiles de mano, que obligaban á los comuneros á permanecer á una distancia respetuosa de la fortaleza.

Los sitiadores, viendo que les seria imposible apoderarse por la fuerza de las armas, quisieron entrar en tratos, asegurando la vida salva á doña María, y á cuantos tenia á sus órdenes, si se entregaban, ó de lo contrario serian muertos cuantos intentasen entrar ó salir en el alcázar; pero á todas las intimaciones y proposiciones que se la dirigieron, respondió la denodada matrona: «Que trabajaban en valde los que pensaban que por estar ausente el alcaide, ella ni los que con ella estaban, harian cosa alguna que manchase su lealtad ni la de sus antepasados, ni que fuese en deservicio del rey; que estuviesen ciertos que todos estaban resueltos á morir defendiéndose, antes que cometer semejante traicion; y que donde ella estaba, no hacia falta alguna el alcaide su marido.»

Tanta constancia y decision fue premiada con la mas completa victoria.

Los sitiadores viendo que les era imposible vencer la constancia de aquella mujer singular, y que á la fuerza les seria imposible penetrar en el castillo, levantaron el sitio y se retiraron, con-

fusos y avergonzados de haber sido vencidos por el indomable valor de una mujer, que tan á pechos habia tomado la conservación de la honra de su marido.

Cárlos I premió el valor de la heroina madrileña con abundantes dones, mandando que después de la muerte de su esposo, se la reservase el honor, mientras viviese, de guardar el alcázar por el rey.

Doña María, que á su proverbial reputacion de virtud, habia unido con aquel motivo la honra de valiente, fué desde entonces el ídolo de los madrileños, que la consideraban como su mejor protectora, falleciendo rodeada de la consideracion general en 1542.

Pero no es la causa de los reyes la que mas simpatiza con el heroismo de las bellas españolas; la libertad, la independenciam, la soberanía del pueblo, han escitado siempre el entusiasmo de nuestras valientes compatriotas, ese entusiasmo sublime que en 1831 conquistó la gloriosa diadema del martirio para la denodada granadina, tan célebre por su valor como por su hermosura.

Hablamos de la inolvidable doña Mariana de Pineda, que á la florida edad de 15 años contrajo matrimonio con don Manuel Peralta y Valté, quien falleció al poco tiempo, pasando en consecuencia la Pineda, muy jóven todavía, al estado de viudez.

Bastáronla, sin embargo, los breves dias que estuvo casada, para que adoptase en ellos las ideas altamente liberales que profesaba su esposo; así es que, en la época de 1820 al 1823, doña Mariana se distinguió mucho por su patriotismo y exaltado amor á la Constitucion. Abolido el código de Cádiz, por efecto de la invasion francesa, la Pineda fué perseguida como todos los que se hallaban en su caso, y hubo de sujetarse á la vigilancia de los agen-

tes del gobierno absoluto, que la ejercieron activa y constante sobre los *negros y francmasones* (1).

Llegó luego el año de 1830, y las desgraciadas expediciones de Torrijos y de Mina, unidas á la revolución francesa, avivaron mas aun el celo de los ministros de Fernando, quienes ejecutaron por orden de este, terribles castigos contra todos los que en algun modo se pronunciaban por el sistema constitucional.

Entonces, pues, fué cuando la policía de Granada se apoderó de una bandera que se estaba bordando, y debia servir para proclamar la libertad en las Andalucías; y como á fuerza de indagaciones y de diligencias por parte del juez que entendia en esta causa, se descubriese que la tal bandera se bordaba por encargo de doña Mariana de Pineda, de aquí que esta señora fuese inmediatamente conducida á la cárcel y sentenciada á muerte, no obstante las gestiones que para impedirlo practicaron sus amigos.

«Ni su hermosura, ni su juventud, ni la circunstancia de ser un delito político y recaer la acusacion en una persona del bello sexo, dice un biógrafo, fueron bastantes motivos para templar la cruenta severidad del gobierno que confirmó la bárbara sentencia: doña Mariana de Pineda, cuando apenas contaba 27 años de edad, fué llevada al patíbulo el 16 de mayo de 1831.»

Sí, los habitantes de la ciudad de Granada, incluso los voluntarios realistas que formaban el cuadro, presenciaron conmovidos y con lágrimas en los ojos esta bárbara ejecucion, que no bastó, sin embargo, á libertar de una estrepitosa é inmediata caída al despotismo mas brutal y sanguinario.

Pero ¿quién ha olvidado las hazañas de las heroínas del DOS DE MAYO?

(1) Así llamaban los realistas, indistintamente, á todos liberales.

¿Quién ignora las proezas de las encantadoras hijas del Manzanares en las gloriosas jornadas de julio?

Pues bien, esas españolas proclamadas por nacionales y extranjeros reinas de las gracias y de la hermosura, esas beldades que á sus inagotables encantos unen el arrojo de las indomables Amazonas, tienen otro mérito aun, que hace subir de punto su realce.

Son mujeres fascinadoras en sociedad, son mujeres invencibles en la lucha; pero hay ocasiones en que ya no son mujeres, sino ángeles... ángeles que se encuentran en todas partes donde se padece, en todas partes donde hay miserias que socorrer, donde hay lágrimas que enjugar, ángeles inseparables de las mansiones de la amargura.

Esta es la mision predilecta del bello sexo, y las hermosas madrileñas saben ejercerla con toda la bondad que da el cielo á las almas generosas, como se verá en el capítulo siguiente.

